

www.elboomeran.com

JOHN CHEEVER

FALCONER

Traducción de
PATRICIA ANTÓN DE VEZ

RBA

Título original inglés: *Falconer*.

© John Cheever, 1975, 1977.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Patricia Antón de Vez, 2012.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición en esta colección: noviembre de 2012.

REF.: OAFI765

ISBN: 978-84-9006-441-2

DEPÓSITO LEGAL: B-27.944-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

PARA FEDERICO CHEEVER

La entrada principal de Falconer, la misma para presos, visitantes y el personal de la prisión, estaba coronada por un escudo en el que aparecían representadas la Libertad, la Justicia y, entre ambas, el poder soberano del Gobierno. La Libertad lucía un gorro frigio y empuñaba una pica. El Gobierno, representado por el águila, llevaba una rama de olivo y flechas de caza. La Justicia era convencional: ciega, ligeramente erótica debido a la túnica que se le pegaba al cuerpo y con una espada de verdugo por arma. El bajorrelieve era de bronce, pero se había vuelto casi negro, tan negro como la antracita o el ónix sin pulir. Cuántos centenares de hombres habrían pasado bajo ese escudo, el último emblema del empeño humano por interpretar el misterio del encarcelamiento valiéndose de símbolos que la mayoría de ellos vería. Sumarían centenares o millares, probablemente millones. Sobre el escudo había una declinación de los nombres de aquel lugar: Cárcel de Falconer 1871, Reformatorio de Falconer, Penitenciaría Federal de Falconer, Prisión Estatal de Falconer, Centro Correccional de Falconer, y, por último, uno que nunca había cuajado: Casa del Alba. Ahora los presos eran reclusos; los gilipollas eran funcionarios, y el alcaide, el superintendente. Sabe Dios que la fama es fortuita, pero Falconer, con su limitada capacidad para dos mil facinerosos, era tan famosa como Newgate. Habían desaparecido las torturas con agua, los uniformes de rayas, las marchas

en formación cerrada, las bolas y las cadenas, y había un campo de sóftbol donde antaño se emplazaba el patíbulo, pero, en la época sobre la que escribo, en Auburn aún se utilizaban grilletes. Se reconocía a los de Auburn por el ruido que hacían.

Habían conducido a Farragut (fratricida, condenado a diez años, preso n.º 734-508-32) hasta la vieja prisión un día de finales de verano. No llevaba grilletes pero iba esposado a otros nueve hombres, cuatro de ellos negros y todos más jóvenes que él. Las ventanillas del furgón estaban tan altas y sucias que no era capaz de ver el color del cielo o las luces y formas del mundo que dejaba atrás. Le habían dado cuarenta miligramos de metadona tres horas antes y, presa del sopor, quería ver la luz del día. Advirtió que el conductor se detenía en los semáforos, hacía sonar la bocina y frenaba en las cuestas pronunciadas, pero eso era, por lo visto, cuanto compartían con el resto de la humanidad. La incalculable timidez de los hombres parecía tenerlos a casi todos paralizados, salvo al que tenía esposado a su derecha. Era un hombre flaco, con el pelo brillante y un rostro terriblemente desfigurado por culpa de los forúnculos y el acné.

—He oído decir que tienen un equipo de sóftbol... Si puedo jugar, todo bien. Mientras pueda lanzar la bola, me mantendré vivo. Me basta con que me dejen jugar. Pero nunca llevo la cuenta de la puntuación. Así lanzo yo. Hace dos años lancé una bola imparable para el equipo de North Edmonston y ni siquiera lo supe hasta que me alejé del montículo y oí gritar a todo el mundo. Y nunca he conseguido follar gratis, ni una sola vez. He pagado desde cincuenta céntimos a cincuenta dólares, pero ni una sola vez he echado un polvo gratis. Supongo que se parece a lo de no llevar la cuenta de los puntos que marco. Ninguna se acostó conmigo por voluntad propia. Conozco a cientos de hombres que no son tan guapos como yo y que follan gratis constantemente, pero yo

no lo conseguí ni una sola vez. Ojalá hubiese podido follar gratis al menos una vez.

El furgón se detuvo. El tipo que estaba a la izquierda de Farragut era alto, y al bajarse del furgón al patio hizo caer a Farragut de rodillas. Este se puso de pie. Vio el escudo por primera vez y pensó que sería la última. Iba a morir allí. Entonces vio el cielo azul y centró toda su existencia en él y en la redacción de las cuatro cartas que había empezado a escribir a su esposa, a su abogado, a su gobernador y a su obispo. Un puñado de gente los observó cruzar el patio a paso rápido. Entonces oyó claramente una voz que exclamaba:

—¡Pero si se les ve muy majos!

Se trataría de algún inocente, de algún despistado, y Farragut oyó a un tipo de uniforme contestarle:

—Dale la espalda a cualquiera de ellos y te clavaré un navajazo.

Pero el despistado tenía razón. El azul que dominaba el trayecto entre el furgón y la prisión era el primer pedazo de cielo que algunos de ellos habían visto en meses. ¡Qué extraordinario resultaba, y qué aspecto tan francamente puro tenían todos! Nunca volverían a tener tan buen aspecto. La luz del cielo, que iluminaba sus rostros condenados, revelaba grandes dosis de determinación, de inocencia.

—Asesinan —prosiguió el guardia—, violan, meten a criaturas en hornos y estrangularían a sus madres por un chicle. —Dejó de prestarle atención al despistado, se volvió hacia los reclusos y empezó a decirles—: Vais a ser buenos chicos, vais a ser buenos chicos, buenos chicos, buenos chicos...

Fue como el sonido del silbato de un tren, como el aullido de un perro, como una canción o un grito solitario en la noche.

Se empujaron unos a otros por unas escaleras que subían hasta una habitación mugrienta. Falconer era una cárcel mugrienta, y toda aquella mugre —todo cuanto uno veía,

tocaba y olía tenía cierta dimensión de abandono— transmitía la breve impresión de que uno debía de hallarse ante el ocaso y la muerte que suponía la penitencia forzosa, pese a que al norte del recinto había un pabellón para los condenados a muerte. Habían pintado de blanco los barrotes muchos años atrás, pero la pintura había saltado dejando a la vista el hierro a la altura del pecho, allí donde los hombres se aferraban a ellos instintivamente. En una habitación más al fondo, el guardia que los había llamado «buenos chicos» les quitó las esposas, y Farragut compartió con los demás el intenso placer de volver a mover con libertad los brazos y los hombros. Todos se masajearon las muñecas.

—¿Qué pone en tu reloj? —preguntó el hombre de los forúnculos.

—Las diez y cuarto —contestó Farragut.

—No, el día —insistió el hombre—. Tienes uno de esos relojes con calendario. Quiero saber qué día del año es. Ven-ga, déjame ver, déjame ver.

Farragut se quitó el caro reloj y se lo tendió al desconocido, y el desconocido se lo metió en el bolsillo.

—Me ha robado el reloj —le dijo Farragut al guardia—. Acaba de robarme el reloj.

—Oh, no me digas —dijo el guardia—, ¿de verdad te ha robado el reloj? —Se volvió entonces hacia el ladrón para preguntarle—: ¿Cuánto han durado tus vacaciones?

—Noventa y tres días —respondió el ladrón.

—¿Es eso lo máximo que has pasado fuera?

—La penúltima vez estuve fuera un año y medio —repu-so el ladrón.

—Nunca vais a dejar de asombrarme, ¿no? —comentó el guardia.

Pero todo eso, todo cuanto podía verse y oírse, pasaba desapercibido para Farragut, pues él no experimentaba más que parálisis y terror.

Los hicieron subir a un camión destartado con bancos de madera y los llevaron por una carretera que recorría el recinto. Al pasar una curva, Farragut vio a un hombre con el uniforme gris de los presos que arrojaba migajas de pan a unas palomas. Una imagen revestida, para él, de una realidad extraordinaria, fue una promesa de cordura. El hombre era un recluso y tanto él como el pan y las palomas eran superfluos, pero, por razones desconocidas para Farragut, la imagen de un hombre compartiendo sus migajas con aquellas aves tuvo para él la resonancia de algo realmente antiguo. Se puso en pie en el camión para contemplarla el mayor tiempo posible. Se conmovió de forma parecida cuando, en el edificio en el que entraron, en una tubería en lo alto del techo vio una maltrecha guirnalda de Navidad plateada. Semejante ironía resultaba banal, pero parecía entrañar, como el hombre que alimentaba a las palomas, una pizca de razón. Tras pasar por debajo de la guirnalda, entraron a una habitación amueblada con sillas para escribir que tenían las patas rotas, sin rastro de barniz y en cuya superficie había toda clase de iniciales y obscenidades grabadas; parecían, como todo lo demás en Falconer, salidas de un vertedero municipal. La primera exploración consistió en un test psicológico al que Farragut ya se había sometido en las tres clínicas de desintoxicación en las que había estado confinado. «¿Le preocupa la presencia de gérmenes en los pomos de las puertas?», leyó. «¿Le gustaría cazar tigres en la selva?». La ironía de semejantes preguntas resultó infinitamente menos profunda y conmovedora que la del hombre que daba de comer a las palomas y la plateada conexión con la Navidad que pendía de la tubería. Les llevó la mitad de la jornada contestar las quinientas preguntas, y entonces los condujeron al comedor de la cárcel para que comieran.

Era mucho más viejo y espacioso que el que había visto en la prisión preventiva. Unas vigas metálicas cruzaban el

techo. En una jarra de hojalata sobre un alféizar había unas flores de cera cuyos colores, en ese sitio tan sombrío, parecían encendidos. Le sirvieron comida rancia que comió con una cuchara de hojalata, y luego dejó caer la cuchara y el plato en agua sucia. La administración imponía el silencio, pero los mismos presos se habían impuesto una segregación que dejaba a los negros en el norte y a los blancos en el sur, con el terreno de en medio para los hombres que hablaban español. Después de la comida, se sometieron a examen sus características físicas, religiosas y profesionales, y, entonces, tras una larga espera, lo hicieron entrar solo en una habitación en la que tres hombres con trajes baratos estaban sentados ante un escritorio desvencijado. En los extremos había sendas banderas cubiertas con fundas. A la izquierda había una ventana a través de la cual se veía un cielo azul bajo el que imaginó a un hombre quizá todavía dando de comer a las palomas. Habían empezado a dolerle la cabeza, el cuello y los hombros, y para cuando se encontró ante aquel tribunal iba muy encorvado y se sentía un hombre insignificante, un enano, alguien que nunca había experimentado, saboreado o imaginado la grandeza de la vanidad.

—Es usted profesor —declaró el hombre de la izquierda, que parecía hablar por los tres. Farragut no levantó la cabeza para verle la cara—. Es profesor y la educación de los jóvenes, de todos los que quieren aprender, es su vocación. Aprendemos gracias a la experiencia, ¿no es así?, y usted, como profesor, investido por las responsabilidades del liderazgo intelectual y moral, ha decidido cometer el atroz crimen del fratricidio mientras se hallaba bajo la influencia de drogas peligrosas. ¿No le da vergüenza?

—Quiero estar seguro de que me darán mi metadona —repuso Farragut.

—¡Oh, conque no le queda la más mínima vergüenza! —exclamó el hombre—. Estamos aquí para ayudar. Estamos

aquí para ayudar. Hasta que no confiese que está avergonzado no tendrá un sitio en el mundo civil.

Farragut no contestó.

—El siguiente —dijo el hombre, e hicieron salir a Farragut por la puerta del fondo.

—Me llamo Canijo —dijo el hombre que estaba allí—. Date prisa. No tengo todo el día.

La envergadura de Canijo era tremenda. No era alto, pero sí de una corpulencia tan poco natural que tendrían que hacerle la ropa a medida, y pese a las prisas que decía tener caminaba muy despacio; el volumen de sus muslos le impedían ir más deprisa. Llevaba el pelo cano cortado al cepillo y se le veía el cuero cabelludo.

—Te toca la galería F —declaró—. F de folladores, fanáticos, fanfarrones, finolis, florecillas, fondones como yo, fantasmas, feladores, fulleros, farloperos y flipados. Hay más, pero no me acuerdo. El tío que hizo la lista está muerto.

Recorrieron un túnel ascendente entre grupos de hombres que pindongueaban por ahí, charlando como si estuvieran en la calle.

—Creo que solo pasarás un tiempo en la F —continuó Canijo—. Con esa forma de hablar tan divertida que tienes te pondrán en la A, que es donde tienen al lugarteniente del gobernador, al secretario de comercio y a todos los millonarios.

Canijo dobló a la derecha y Farragut lo siguió a través de una puerta abierta que daba a la galería. Como todo lo demás, estaba llena de mugre y destartalada y olía fatal, pero su celda tenía una ventana, y se acercó a ella para ver un trozo de cielo, dos altos depósitos de agua, el muro, más galerías y un rincón del patio al que había entrado de rodillas. Su llegada a la galería apenas llamó la atención. Mientras se hacía la cama, alguien preguntó:

—¿Eres rico?

—No —contestó Farragut.

—¿Estás limpio?

—No —contestó Farragut.

—¿Haces mamadas?

—No —contestó Farragut.

—¿Eres inocente?

Farragut no contestó. Al fondo de la galería alguien rasgueó una guitarra y empezó a cantar una melodía de *bluegrass*, desafinando.

—Canto la triste balada de la inocencia / qué triste estoy todo el tiempo...

Apenas se le oía sobre el barullo de las radios que, unido al de las voces, los cantos y la música, sonaba como cualquier calle urbana a la hora en que cierran las tiendas o más tarde.

Nadie le dirigió la palabra a Farragut hasta que, justo antes de que se apagarán las luces, el hombre al que identificó por su voz como el cantante se plantó ante su puerta. Era flaco y viejo y tenía una voz clara y desagradable.

—Soy el Pollo Número Dos —anunció—. No busques al Pollo Número Uno. Está muerto. Es probable que hayas leído sobre mí en los periódicos. Soy el famoso hombre tatuado, el ladrón de dedos largos que se gastó su fortuna en arte corporal. Algún día te enseñaré mis tatuajes, cuando te conozca mejor. —Lo miró con lascivia—. Pero lo que he venido a decirte es que todo esto es un error, un terrible error; me refiero a que estés aquí. No lo descubrirán mañana, les llevará un par de semanas descubrir el error que han cometido, pero cuando lo hagan lo lamentarán muchísimo, se sentirán muy avergonzados, se sentirán tan culpables que el alcaide te besará el culo en el desfile de Navidad en la Quinta Avenida. Oh, sí, van a lamentarlo muchísimo. Verás, porque resulta que cada viaje que hacemos, incluso para los tarados,

tiene algo bueno al final, como un cofre de monedas de oro, la fuente de la juventud, un mar o un río que nadie había visto antes, o al menos un buen filete con patatas al horno. Tiene que haber algo bueno al final de cada viaje, y por eso he querido que supieras que todo esto no es más que un terrible error. Y durante el tiempo que pases esperando a que descubran ese gran error, vas a tener visitantes. Pues sí, solo por la forma en que estás ahí sentado, sé que tienes miles de amigos y amantes, y una esposa, por supuesto. Tu esposa vendrá a visitarte. Tiene que venir a visitarte. No va a poder divorciarse a menos que firmes los papeles, y tendrá que traerlos aquí en persona. Pues eso, solo quería decirte lo que ya sabes, que todo es un gran error, un terrible error.